Entre Sibú y la naturaleza: una mirada desde mi pueblo



Hablar del ser humano desde mi identidad como mujer indígena del pueblo huetar no es solo una reflexión individual, sino un eco de la voz de mis ancestros. Es mirar el mundo desde una cosmovisión que no separa ni establece jerarquías, sino que conecta. Para mi pueblo, el ser humano no puede entenderse de manera aislada, pues forma parte de un todo más amplio en el que conviven la naturaleza, Sibú (nuestro Dios) y el propio ser humano.

Desde esta visión, el ser humano no es el centro del universo ni el dueño de la naturaleza, como muchas veces se plantea en las sociedades occidentales. Tampoco es inferior: es un igual, un elemento más dentro del equilibrio de la vida. Esta idea cuestiona muchas de las formas en que hoy se comprende el mundo, donde se explota la tierra, se domina la naturaleza y se olvida que todo está interconectado.

En la espiritualidad huetar, la naturaleza no es un recurso: es vida. Es madre, es origen y es camino. Desde esta misma perspectiva, el ser humano tiene un lugar de responsabilidad, no de dominio. Forma parte de ese tejido sagrado que sostiene la existencia. Por ello, cuando la naturaleza es dañada, también lo es el ser humano. Y cuando este olvida su lugar dentro del equilibrio, rompe la armonía que Sibú ha dispuesto.

Sibú, como dador de vida, no solo crea al ser humano, sino que le otorga sabiduría. Esta sabiduría no debe entenderse únicamente como conocimiento intelectual, sino como una forma de vivir con respeto, equilibrio y conciencia. Es una sabiduría que se transmite de generación en generación, a través de la palabra, la experiencia y la conexión espiritual con el entorno.

Sin embargo, en la actualidad, esta visión es con frecuencia ignorada o invisibilizada. Vivimos en un mundo en el que el valor del ser humano se mide por lo que produce, por lo que posee o por el poder que ejerce. Desde mi cosmovisión, esto representa una forma de olvidar lo esencial. El valor humano no radica en el tener, sino en la capacidad de vivir en armonía, respetar la vida y reconocer el vínculo con todo lo que existe.

Como mujer indígena, también reconozco que hablar del ser humano implica cuestionar las desigualdades presentes en la sociedad. No todas las personas son valoradas de la misma manera. Existen discriminaciones, violencias y formas de exclusión que contradicen profundamente esta idea de equilibrio y respeto. Por ello, recuperar la cosmovisión indígena constituye también una forma de resistencia: un recordatorio de que toda persona posee dignidad y de que esta debe ser reconocida.

Para mi pueblo, el ser humano es un ser con un lugar sagrado dentro del mundo. No está por encima de la naturaleza ni separado de lo divino, sino en relación constante con ambos. Forma parte de un equilibrio que debe preservarse y respetarse. Esta forma de comprender la vida invita a reflexionar sobre cómo vivimos hoy y qué tipo de relaciones construimos con la tierra, con las demás personas y con nosotros mismos.

En lo personal, esta enseñanza me conduce a valorar profundamente mi identidad, mis raíces y el conocimiento de mis ancestros. Me recuerda que ser humano no es solo existir, sino vivir con conciencia, respeto y responsabilidad. Es reconocer que no estamos solos, que somos parte de algo más grande y que nuestras acciones tienen un impacto en ese todo.

En un mundo que a menudo promueve la separación y el individualismo, la cosmovisión de mi pueblo ofrece una alternativa: una forma de vida basada en la conexión, el equilibrio y el respeto. Quizá escuchar estas voces ancestrales no solo sea importante para los pueblos indígenas, sino para toda la humanidad.





Fuente de imágenes proporcionadas por: Asociación de Desarrollo Integral de Territorio Indígena de Quitirrisí de Mora



El ser humano no puede entenderse de manera aislada, pues forma parte de un todo más amplio en el que conviven la naturaleza, Sibú (nuestro Dios) y el propio ser humano.



Soy de la comunidad de Quitirrisí, de la nación Huetar de Costa Rica. Tengo formación profesional en educación religiosa y teología, y soy activista por los derechos de los pueblos indígenas, además de que estudié el manejo y protección del medio ambiente.

Esmeralda Pérez Hernández